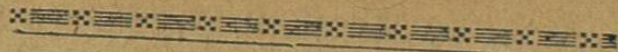


radas circunstancias, terminó su misión y, siempre discreto, no dijo nada a Isabelita de lo acontecido; ella le pagó con larguesa su trabajo por el exámen practicado a la arpía de lengua suelta y que hacía honor a la plazuela aquella, llamada de la Palma, habitada por una caterva de malhechores como la mujer del portugués, quien pagaba así a su benefactora los favores que recibía.

Hay que tener presente aquella frase: "Cría Cuervos y te sacarán los ojos".



CAPITULO SEXTO

BOTICA, PULQUERIA, CASA DEL MEDICO Y SUS TERTULIAS

VIVIA el médico con su familia en la casa número tres y medio a unas cuantas varas de la Plazuela de Tarasquillo y su habitación daba frente a los callejones de "Sal-si-puedes" (1) y de las Damas, cerca a ese lugar y hacía el sur, se encontraba la Plaza del Puente del Santísimo e inmediato a la casa apuntada, la Capilla de los Dolores la que desapareció años después así como la plazuela y plaza respectivamente, pues en sus terrenos se abrieron calles y se fabricaron casas con fachadas que correspondían: unas al callejón llamado de

(1) El Callejón de "Sal-si-puedes" tiene interesante tradición, pues en una obra antigua, escrita sobre las calles de México, aparece su leyenda la que reproduzco literalmente aquí:

1020001931

Dolores y otras a la calle que se llamó de los Rebeldes a la siguiente de la de Nuevo México; (véase el plano) cerca del sitio primeramente indicado, se formó un jardín que llevó el

—“Te he dicho, Inés, que debes prescindir de las relaciones que mantienes con Gaspar de Astorga.”

—“Padre mío, no puedo obedeceros, porque no está en mi mano el dejar de amarle.”

—“Ese hombre no te conviene.” “Su carácter es violento y duro y yo como padre busco tu felicidad.”

—“Señor, —replicó Inés con cierta impaciencia, —es inútil que me mandéis lo que no puedo hacer.”

—“Pues yo te haré poder, —replicó el padre encolerizado.”

“El diálogo que acabamos de transcribir tenía lugar en una calle de la señorial Toledo y en una casa a que daba sombra la hermosa catedral iluminada fantásticamente por la luna que en carro de plata recorría los silenciosos campos de la noche.”

“Pasaba una hora de la media noche, el Señor Olivares, padre de Inés, hizo traer una litera, introdujo en ella, no sin algún maltrato a su hija, que comprendía la querían separar de su amante y tomó camino fuera de la población. A los pocos días se hacía a la vela para México un barco que conducía a la hija rebelde y al padre indignado.”

“Inés lloraba de un hilo. Parecía que a la amargura del mar iba a agregar la suya y a duplicar su caudal.”

“Pero no dijo mal aquél que dijo. “En lágrimas de mujer y en cojera de perro, no hay que creer.”

“Y si no, que lo diga el verídico desenlace de esta historia.”

“Inés cuando desembarcó en Veracruz fué a parar en la casa de un pariente, donde en la misma noche conoció a un capitán, de nombre D. Melchor Lazo. Este Lazo prendió en el lazo a la llorosa Inés.”

“Era Lazo uno de esos hombres frívolos, que siem-

nombre de “Tarasquillo”. (Ahora tiene el de “Plaza Santos Degollado”).

En los bajos de la casa citada, existió la “Boticaria de los Dolores” y hace algunos años que

pre tienen de qué hablar y que cautivan a los estrados con picantes murmuraciones, chistes, anécdotas y la relación de hazañas fabulosas.”

“Inés, que era vulgar, quedó encantada de la conversación del capitán. Este al platicar, accionaba con vehemencia; cuando se ofrecía imitaba perfectamente la voz de todos los animales; se hacía de confianza inmediatamente con cuantos trataba; era uno de esos hombres que se hacen lugar en el mundo, por lo mismo que son de mucho brillo y poca substancia.”

“Inés en la noche de su llegada se desternillaba de risa cuando el capitán imitaba la pelea de gallos, saltaba de un lado a otro y cantaba sin la menor vergüenza.”

Qui-qui-ri qui...

“No se necesitó más para que Inés quedase prendadísima del capitán y olvidase al de Toledo. He aquí una muestra de lo que hacen frecuentemente los hijos con los padres. No ceden a sus buenos consejos cuando los quieren apartar de un mal matrimonio; se imaginan eterno ese amor, pero por un nuevo capricho todo lo olvidan.”

“Inútil es decir que el capitán e Inés se entendieron en breve tiempo.”

“Pero lo malo del cuento fué que Gaspar de Astorga tuvo que venir a estas tierras a arreglar algunos negocios particulares de su ilustre tío Su Eminencia el Sr. Cardenal D. Diego de Astorga, Arzobispo de Toledo.”

“El joven viajero fué recibido perfectamente en la corte del Virrey, pues venía bien amparado por cartas de recomendación para los personajes más ilustres, entre ellas una de Felipe V para el Virrey D. Francisco de Alencastre, Duque de Linares y Marqués de Valde fuerte.”

seguía con el nombre de "Botica de Nuevo México" precisamente en el mismo sitio de la antigua, a la presente sigue establecida en la planta baja del nuevo edificio; en la época de la

"Una mañana, al pasar por la puerta de una iglesia vió salir una dama joven en la que reconoció a la hermosa Inés de Olivares. Acercósele y le manifestó su alegría por tan inesperado encuentro; pero cuando él esperaba igual correspondencia de júbilo y afecto en Inés, ésta le expresó que había cambiado de parecer."

"Gaspar de Astorga, después de echar a Inés en cara su infidelidad, con breves, pero enérgicas y sentidas palabras, se retiró decidido a tomar ejemplar venganza."

"Supo que su pretendida se hallaba citada con el capitán a las seis de la mañana en la parroquia de San José y se apostó en la esquina del estrechísimo callejón donde Inés vivía."

"Apareció ésta ostentosamente vestida y quiso, sin ni siquiera saludar a Gaspar, que éste la dejase franco el paso."

"No pasarás, Inés, —Dijo Astorga, —sin que me vuelvas tu amor que he perdido."

"—Gaspar, eso ya es imposible. Déjame pasar."

"—Inés de mi corazón, tu infidelidad parte mi alma de dolor. Vuélveme la paz y felicidad que me has quitado."

"—No seas importuno, dijo Inés y agregó con absoluta indiscreción: mira, voy a ver a mi nuevo amante y es tarde. Déjame salir."

"A estas palabras, desenvainó el estoque y exclamó el ciego y furioso Astorga:

"—Sal si puedes" —al mismo tiempo que lo hundió hasta el pomo en el pecho de Inés."

"Desde entonces el callejón estrechísimo en que aconteció tan triste tragedia tomó el nombre de "Sal si puedes".

EXPLICACION DE LA PORCION DEL PLANO DE LA CIUDAD COLONIAL CON INDICACION DE TARASQUILLO, CALLEJON DE DOLORES Y DE SAL-SI-PUEDES.

A—Iglesia y Hospital de San Hipólito (el segundo desaparecido).

1—Calle de San Juan de Dios.

B—Iglesia de San Juan de Dios.

C—Parroquia de la Santa Veracruz.

2—Puente de la Mariscala y casas de Don Manuel Tolsa con las del Callejón de la Sta. Veracruz y Puente de los Gallos.

D—Iglesia y Hospital de San Andrés (desaparecidos).

3—Calle del Factor (hoy Allende).

E—Capilla del Santo Ecce Homo (desaparecida).

4—Alameda.

5—Hospital de Terceros (hoy Palacio de Correos).

F—Colegio de Minería (hoy Escuela de Ingenieros).

6—Jardín de Tolsa (que fué propiedad de Don Manuel Tolsa).

G—Iglesia y Convento de San Diego (clausurados).

H—Capillitas del Via-Crucis que existían en la hoy Avenida Juárez.

I—Iglesia y Convento de Santa Isabel (derrribados).

7—Calle de la Alameda, después del Mirador y hoy de Angela Peralta.

8—Puente de San Francisco (hoy Av. Juárez).

9—Calle de Santa Isabel (hoy Calle del Teatro Nacional).

10—Callejón de la Condesa.

11—Calle de Betlemitas (hoy de F. Mata).

12—Calle de Vergara (hoy de Bolívar).

13—1a. Calle de San Francisco (hoy de Madero).

14—La Acordada (desaparecida).

15—Calle del Calvario (hoy Av. Juárez).

16—Hospicio de Pobres (desaparecido).

17—Callejón de Cuajomulco (hoy de Marroquí).

J—Iglesia y Convento de "indias caciques" Corpus Christi (retirado del culto).

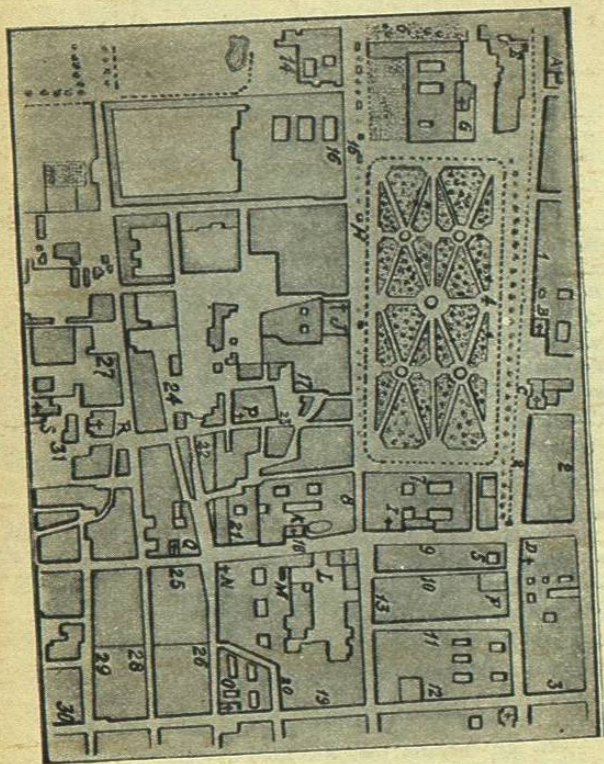


Lámina IX.—PLANO DE UNA PORCION DE LA
CIUDAD CON TARASQUILLO, DOLORES
Y SAL-SI PUEDES.

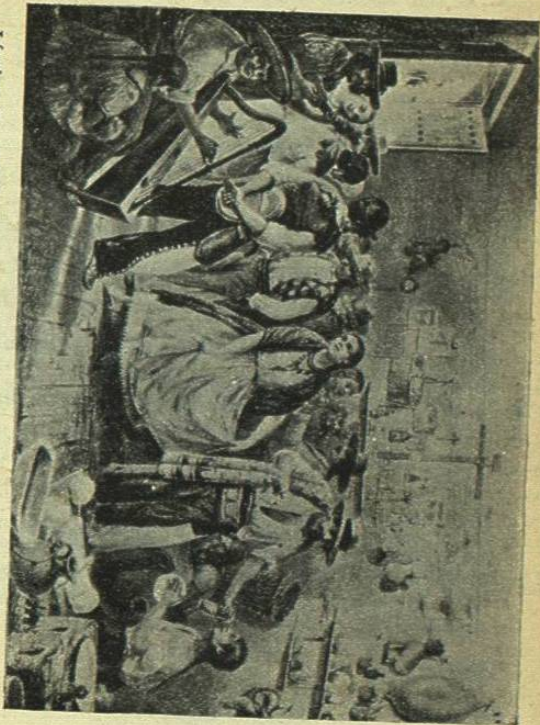


Lámina X.—FANDANGO EN UNA VECINDAD EN DONDE APARECE
EL TIPICO AGUADOR.

- K—Iglesia y Convento de Santa Brígida (derribados por ampliación de la calle).
- L—Monasterio de San Francisco (casi en su totalidad, derribado).
- M—Capilla del Señor de Burgos (desaparecida).
- 18—Calle de San Juan de Letrán. (Importante ampliación de la misma).
- N—Capilla de San Antonio (destinada a otros usos).
- 19—Calle del Coliseo (hoy de Bolívar).
- 20—Callejón de Dolores (desaparecido).
- O—Iglesia del Colegio de Niñas (existe al culto).
- 21—Colegio de San Juan de Letrán (ya no existe).
- P—Capilla de los Dolores (ya no existe).
- 22—Callejón de Dolores, de Salsipuedes y de las Damas (existen).
- 23—Tarasquillo (después de transformado en Jardín de Santos Degollado).
- Q—Iglesia del Divino Salvador, católica y muchos años después protestante (ya desapareció).
- 24—Plaza del Puente del Santísimo (transformado el lugar por casas).
- 25—Calle del Hospital Real (hoy de San Juan de Letrán).
- 26—Calle de Zuleta (después de Capuchinas).
- 27—Plaza del Sapo (hoy casas construidas en el lugar).
- R—Parroquia de San José (existe al culto).
- 28—Calle de Ortega (hoy de la Rep. del Uruguay).
- 29—Calle del Puente Quebrado (hoy de la Rep. del Salvador).
- 30—Calle de las Ratat (hoy de Bolívar).
- S—Iglesia y Convento de San Juan de la Penitencia (en el mismo sitio, ahora la Iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe).
- 31—Mercado de San Juan (después de Iturbide y ahora de de San Juan).



primera no formaba esquina sino hasta que se abrió la calle de los Rebeldes; no se llegó a saber si el título primitivo obedecía a una alusión relacionada con los enfermos en sus dolores o por estar inmediata a la capilla en cuestión, pues en el interior y en lugar preferente no tenía imagen de ese nombre pero sí podía verse una Guadalupeana con dos velas de cera encendidas a los lados de una lamparita de aceite colgada de una delgada cadena sujeta del techo, es de confirmarse con ésto, que el boticario era devoto a la última de las imágenes indicadas.

En la botica se podían ver sus armazones que estaban abarrotadas con frascos de vidrio, tarros de barro y colocados debajo del mostrador, recipientes de forma cilíndrica de hojalata que contenían varias substancias medicinales para el despacho.

La susodicha botica era propiedad de Don Miguel Angel Ballesteros y Mondoñedo, cuñado del médico; hay que advertir que a pesar de llevar el mismo nombre de pila del gran pintor, escultor y poeta italiano del Siglo XVI, no hizo honor a éste, pues ni por intención manejó un pincel embarrado de color para aplicarlo al lienzo, aún sin embargo, lo imitó en lo último y

cuando las muzas lo visitaban en la botica; llegó a escribir endechas así como un sinnúmero de versos picantes y cuentos verdes, los cuales fueron motivo de carcajadas y acalorados comentarios de sus amigos que lo escucharon al leérselos el ya dicho boticario.

El referido Don Miguel Ángel fué un solterón por toda su vida, pues en esas condiciones se le consideró por muchos años, salvo que haya estado algún tiempo, matrimoniado atrás de la iglesia.—Representaba unos cuarenta y tantos años de edad, aún cuando ya había cumplido y sobrepasado los cincuenta sin llevar la cuenta; se le podía ver en la botica, desde por la mañana, siempre, con su saco largo de lienzo color paja y que no se lo quitaba ni a la hora de comer; tomaba su chocolate antes de dormir la siesta, más de media hora empleaba de intranquilo reposo sin dejar que las moscas hicieran de las suyas picándole la calva con insistencia y, dormitaba pues, sentado en un amplio sillón de madera de cedro con asiento y respaldo de baqueta y que estaba colocado atrás del mostrador junto a una mesa; barrigón; de cansada vista o miope, lucía unas antiparras con arillos de oro y cristales de color azul claro, narigón, de cutis blanco, bigotes y pa-

tillas, un poco de pelo en la cerviz, único que conservaba por ser muy calvo y, su figura la del tipo raro de la época; de buen carácter, chancista con su numerosa clientela de la que obtenía regulares ventas, contábales ocurrencias oportunistas que les causaba hilaridad consiguiendo atraérselos, quienes olvidaban momentáneamente las penas que los afligía con sus enfermos que los obligaban a presentarse a ese establecimiento; naturalmente que esto lo hacía Ballesteros únicamente con los familiares de pacientes que no se encontraran de gravedad; a los otros les levantaba el ánimo decaído consolándolos y, a los criados, los trataba con seriedad dándose a respetar sin dejar de ser atento y preguntaba con interés por la salud de los amos a quienes enviaba recados con sus mejores deseos para que pronto se levantaran de la cama.

Se citaban para concurrir en las tardes, varios amigos que se retiraban en la noche, quienes reunidos platicaban de diferentes asuntos; charlas amenas que sostenía Ballesteros y Mondoñedo pues no le paraba la lengua ya que tenía sal para contar chascarillos y ser un comentarista formidable. Con ello hacía reír a sus contertulios a más y mejor, calificado por sus

amistades de buen humor, sano de cuerpo y espíritu, a nadie hacía mal ni por intención dándose a querer de todas las personas que lo trataban; la vida risueña del obeso boticario era para él, un sueño halagador como se lo contaban algunos de sus numerosos amigos, (en esos años felices probablemente no lo visitaban las aflicciones); no faltaba a la misa los domingos y días de precepto en la Catedral, la Profesa o San Francisco; alegre con su traje dominguero y en agradable compañía de uno, dos o tres de sus queridos sobrinos, hijos del médico, a quienes les obsequiaba juguetes que compraba en el Portal de Mercaderes, dándoles a su vez en la botica azúcar Cande cristalizada que guardaba en uno de los frascos de vidrio.—Por de contado el médico y cuñado de Don Miguel Angel, asistía a esos paliques a la hora de las oraciones y se retiraba al último; ahí mismo le despachaban las recetas de sus enfermos, ya que pertenecía al protomedicato y por lo tanto con numerosa clientela.

En la esquina opuesta a la casa del médico, se encontraba desde hacía muchos años, la famosa pulquería de "Los Patitos", nombre que correspondía por tener en sus dos fachadas y pintados en la pared al aceite, unos animales de

esa especie en actitud natatoria de un canal en cuyas orillas aparecían unos sauces llorones y una canoa llena de flores con un remero de calzón blanco y sombrero de palma; trabajo ejecutado por un mal pintor anónimo de brocha gorda y que tuvo la intención de interpretar el canal de las Vigas en esas condiciones; estos viejos paisajes juntamente con la pulquería desaparecieron años más tarde por la muerte de su propietario Don Pioquinto, abriéndose nuevamente con una tienda de víveres regentada por un español montañés quien la cerró a los pocos años.

Después, en el mismo local, fué abierta otra pulquería, última que existió con el nombre de "La Paloma Azul" y que estaba situada en la misma esquina de la antigua calle de los Rebeldes con el Callejón de Dolores; además, la referida finca ha sufrido reformas periódicas y hace algunos años ostentaba una fachada de dudosa imitación colonial con aplicaciones de azulejos, ésta fué derribada ampliando la calle por Dolores y se levantó un edificio moderno de varios pisos donde los bajos son ocupados actualmente por una Cristalería.

La pulquería de antaño, muy concurrida y que atendía un regordete de cachetes colora-

dos cuyo nombre ya conocemos al final del párrafo anterior; lo secundaban dos jicareros que permanecían en mangas de camisa, listados mandiles de jerga, gruesos huaraches, atentos, listos en despachar y evitar que algunos parroquianos no se marcharan sin pagar, los había tramposos e insolentes, necios borrachines que se tomaban el pulque servido en las medidas y las pagaban como los "limosneros de garrote" suscitándose pleitos acompañados de golpes y de soeces palabrotas.

Las puertas de la pulquería abiertas desde las seis de la mañana, adornadas con papel de china de colores, tiras de pencas de maguey o de tule verde; la Micaela, enchiladera de oficio, provista de una mesita de madera blanca pegada a una de las puertas, con anaife, verduras, cazuela de barro chirriando la grasa de las fritangas y enchiladas apetitosas, inclusive (en su tiempo) los gusanos de maguey tan exquisitos y codiciados para hacer "boca" y empinarse en seguida una senda medida de blanco Neutli que apuraban los asiduos parroquianos; cocheros, charros de a caballo, soldados, carretoneros, aguadores que no faltaban para intervenir en el bautizo del pulque con el agua de la fuente cercana, seberos que vendían se-

bo, mecapaleros otras gentes y hasta algunos huizacheros (1) de humilde condición.

Ahi servían en vasos de vidrio y tinas de madera, los traídos del tinacal, así como los compuestos de Apio, de Piña y de "Sangre de Conejo", color que tomaba de las tunas coloradas; los finos y ricos pulques de los Llanos de Apam, como rezaba en los letreros pintados en la esquina, era licor envasado en sucios y pestilentes cueros de cochino y transportados a lomo de burro; vayan a saber si aquellas gentes amantes de tomar pulque les darían buena bebida traída desde los ya dichos tinacales y bautizada después. También de la pulquería surtían de este blanco néctar de la Reina Xóchil, a las casas que lo pedían, despachándolo antes de la hora de comer.

La casa que ocupaba el médico era la habitación situada en los altos de la botica; con un corredor ancho dónde estaban a la vista tras una reja y al terminar la escalera, dos grandes tinajas de barro que contenían el agua del gasto y dos bancas de madera pintadas de azul; la asistencia de forma cuadrada, sus medidas eran aproximadamente de seis varas por lado;

(1) Huizacheros, se llamaban así a los licenciados de baja categoría y por el hecho de usar tinta fabricada con la corteza del huizache.

ahí estaba instalada su biblioteca llena de libros colocados medianamente en orden en unos estantes de madera pintadas al aceite, su papelería que le servía para recetar o escribir, varias sillas, inmediato a ésta y colgado, un esqueleto humano de huesos muy limpios y unidos entre sí por goznes de metal, una estera poblana de palma tejida con caprichosos dibujos de colores y un estante con frascos de vidrio.

La sala comunicada por una puerta a la anterior o sea la asistencia y de diez varas de larga aproximadamente, con tres balcones para la calle poco transitada pero tranquila, correspondía uno al zaguán de la entrada y los restantes a las dos puertas de la botica; techos altos con viguetería y tablas de cedro barnizadas; sus paredes también pintadas al aceite, todos los pisos de las habitaciones habían sido arreglados y eran de soleras cuadradas de barro y pintadas de rojo como se acostumbraba en aquella época; muebles en la asistencia como en la sala que nos ocupa, de estilo que imperaba, de madera fina forrados los primeros con tela lisa carmesí y los segundos con la misma clase de tela y color pero con dibujos; dos Tibores de Talavera de la Reina como de vara y media de altos, antiguos, con bonitos dibu-

jos realzados predominando en sus adornos, el arabesco de vivos colores y el dorado a fuego, mesa de centro de las llamadas de "tortuga" colocada en la referida sala, Clavecín en un estado de abandono que muy poco tocaba Doña Lorenza esposa del médico, desafinado instrumento por el descuido manifiesto de su poseedora como lo explicaremos en el capítulo precedente; un gran reloj colocado en la pared con su pajarito que aparecía al marcar las horas, estera igual a la que estaba en la asistencia, una imagen de bulto colocada en un altar de madera de cedro que consistía en mesa, gradas, columnas, capiteles dorados, corniza y copete, candeleros de bronce, floreros de porcelana, mantel recamado de encajes limpios y bien planchado colocado en el mismo altar, sala que también servía de oratorio; cuadros suspendidos de alcayatas clavadas en las paredes de los aposentos mencionados, de pinceles de autores no conocidos, pinturas profanas, religiosas y de retratos familiares, algunos de parientes cercanos ya fallecidos, así como candeleros con cristales y dotados de sus candeleros y que al estar encendidas las velas que producían luz, ésta se proyectaba en los espejos venecianos.

Las recámaras arregladas convenientemente, con sus camas bien puestas las que lucían ropajes de buena clase, muebles de estilo, de maderas finas y arcones de oloroso ceuro de la Habana, con fornituras delicadamente forjadas de fierro y calados de bonitos dibujos.

Comedor espacioso situado arriba de la cochera con dos ventanas de vidrios de colores, su vista al oriente del primer patio y dos puertas de comunicación; torno como era de rigor entonces, para dar paso a las viandas procedentes de la cocina; una mesa de madera con patas torneadas colocada en el centro del comedor referido, estantes, un cuadro que representaba el Cenáculo, otro con una imagen y varios alegóricos adecuados al lugar, todos pintados al aceite; platos, soperas, pocillos, platonnes, copas de cristal, vasos y floreros; esta vajilla colocada en sus respectivos muebles; frutero en una ventana del pasillo con su mosquitero, (dentro) guardadas, frutas de la estación y unas jaleas de Tejocote y de Membrillo, (estas últimas regalo de las monjas de Santa Isabel) (1).

Para terminar medianamente la descripción

(1) La iglesia de Santa Isabel se encontraba situada en la calle de su nombre, (hoy Calle del Teatro Nacional) se dedicó el 26 de Julio de 1683.

del piso principal de la mencionada casa, nos falta agregar un pasillo como de dos varas de ancho con trastos nuevos de barro procedentes de Metepec y Cuautitlán, suspendidos por unos clavos sujetos en un lienzo de pared; cocina amplia y muy limpia con sus menesteres correspondientes.

En la parte baja: ancho zaguán, escalera construída de piedra color de rosa con aplicaciones de azulejos amarillos y azules, barandal formado de barrotes cuadrados de fierro forjado con adornos de estilo colonial y pintado al óleo de rojo oscuro hasta el cancel de arriba; fuente semicircular pegada a uno de los muros del patio, llena de agua, su fondo y paredes interiores con azulejos de la misma clase y colores de los empleados en la escalera; cochera, caballeriza en el segundo patio con tres caballos, utilizaba uno de éstos, el boticario, que lo montaba de cuando en cuando; pajar para las pasturas y otros cuartos, de los que uno ocupaba el cochero.

La fachada de la indicada casa, tan sencilla que no obedecía a ningún estilo arquitectónico, pues, como se dijo antes, la casa carecía de entresuelo tan común en las de su género, la finca expresada fué comprada por el médico

a una Achicofradía, habiendo sido intermediaria para la adquisición, su esposa; dicha adquisición fué de todo su agrado por estar la casa aludida a tres calles de distancia del Colegio de San Juan de Letrán, del cual era Profesor de algunas materias. Como la propiedad tantas veces descrita estuvo mucho tiempo desalquilada y por haberse desatendido en reparar oportunamente sus desperfectos, presentaba un estado ruinoso, pero con las obras de adaptación introducidas inmediatamente después de haber sido adquirida, quedó en buenas y aceptables condiciones para el objeto que se perseguía.

Dada la buena amistad que se profesaban ambas familias, Isabelita en unión de su prole, con frecuencia visitaba dicha casa; estas familias se correspondían mutuamente con verdaderas pruebas de cariño, procurando reciprocarse con estas cualidades.

Nueve hijos eran de Isabelita: Laurencio, (el primero) Rodrigo, (mismo nombre que su tío) Pascual, María del Rosario, Francisco Javier, (Paco) José Damián, Eustaquio, Venancia y Beatriz; los del médico eran seis hijos: Luis Fernando, Juan Gualberto, Lorencita (chica) María Ana de Jesús, Pedro Regalado (Perico) y Joaquina,

(ésta última, años después y aludida en el epílogo de la presente obra, convertida en monja) la esposa del médico de nombre ya conocido anteriormente y el medio hermano de ésta, Miguel Angel exhibido en este capítulo; sumaban las dos familias diez y nueve personas y con otras amistades que las había numerosas, formaban tertulias, días de campo, paseos agradables y atractivos; todas esas diversiones llenas de alegría por encontrarse en éstas, muchos jóvenes bulliciosos.

En el año de mil ochocientos treinta y dos, once años después de la Consumación de la Independencia por Don Agustín de Iturbide, o sea el veintisiete de septiembre de mil ochocientos veintiuno, cuando el país ya había pasado la dura prueba a que las más naciones del universo están sujetas por las guerras tanto internacionales como civiles, las cuales diezman a las ciudades igual en su orden económico como el principal o sea el de disminución de sus habitantes porque las propias luchas y aún intestinas dejan tristes recuerdos que sólo llevan a los hogares la desolación, tristezas y tantas penididades para los vástagos de las familias dejadas al infortunio y el olvido; como al principio se indica, pasaron algunos años de

esa época álgida y ya medianamente tranquilo el país, nuestros protagonistas aparecen tal y como se encontraban sus estimables personas: en la casa del médico, con mucha frecuencia hacían fiestas o tertulias de carácter netamente íntimo; en una de éstas, no obstante que Isabelita concurría a casi todas ellas, la vimos muy fogosa en sus aparentes treinta primaverales años llenos de vigor y cual sería nuestra sorpresa que el dios Cupido, con sus dardos tan punzantes inflamó el corazón de Isabelita así como también inflamó el del médico y por tal motivo se repitió lo de nuestros bisabuelos, que dicho sea la verdad, es una herencia incabable desde nuestro padre Adán hasta la consumación de los siglos, ya que el amor afecta directamente a el alma por que el dios Cupido no anda con preámbulos ni audiencias sino que se posesiona directamente del corazón; huelga decir las oportunidades que se presentan y en caso negativo se inventan cuando se trate de amor; por eso no es de llamarnos la atención que nuestros antepasados, en tratándose de desempeñar el papel de enamorados, en su árdua labor se entiendieran no nomás con la palabra sino que hasta con la mirada, las manos y también los pies. Ter-

minó la tertulia. . . nuestros protagonistas al turno que les tocó al azar bajaron la escalera cogidos del brazo y con parsimonia (oportunidades que brinda a la decencia la estimación); Isabelita quizá involuntariamente, hace apoyar la mano del médico, o sea su acompañante, en su turgente pecho, produciéndose con ello que palpitaran los corazones de ambos por ese choque imprevisto; igual cosa, a guisa de fenómeno se repitió en otras noches precisamente al bajar la escalera cuando terminaban diversas tertulias de las que, como se dijo antes, celebraban en dicho lugar; en la casa de Isabelita, como acontecía en todas las de buen gusto y de educación preferente, también tenían noches alegres de tertulias que dejaban a los invitados gratos recuerdos, pues, para no repetir los por menores de ella, la fiesta, diremos que eran análogas a las de la casa del médico. Con los pasatiempos antes narrados, el pasado del médico y de Isabelita, quedaron simplemente como un recuerdo quizá dulce pero enteramente dormido o aletargado para quien sabe cuando volvería. ¿Qué se interpretarían al momento de latir sus corazones en forma tan desusada? . . . Dos largos años pasaron sin que se hubiera descifrado este enigma y se acercaron otros

dos más y no llegaron a entenderse; ¿por qué? . . . El médico con toda dignidad de caballero estuvo renuente a buscar y encontrar una oportunidad peligrosa y de consecuencias al romper el lazo que vivieron dentro de los buenos principios y ajustados a la más estricta moral; conducta intachable del referido médico y de quien al comienzo del primer capítulo conocemos en detalle la forma de proceder desde estudiante, comportándose con rectitud ya que con ojo clínico sabía medir y evitar los trastornos que acarrearán los deleznales sinsabores.

Habían pasado muchos años desde la última velada del entresuelo, ya mencionado en el capítulo segundo, sin que el médico se atreviera a manifestar algo de lo que le atormentaba en su fuero interno; pues hacía más de cuatro años que, en las altas horas de la noche tenía en su mente a Isabelita y la veía, entre sueños algunas veces, representada como una voluptuosa Madona de la edad media.

Intenciones y oportunidades varias tuvo que no se atrevió a aprovechar para hablar a Isabelita sobre ese particular tan discreto y encerrado en la mente del indicado médico, pero éste flaqueó después de treinta y tres años más o menos transcurridos, ya que el aguijón cada

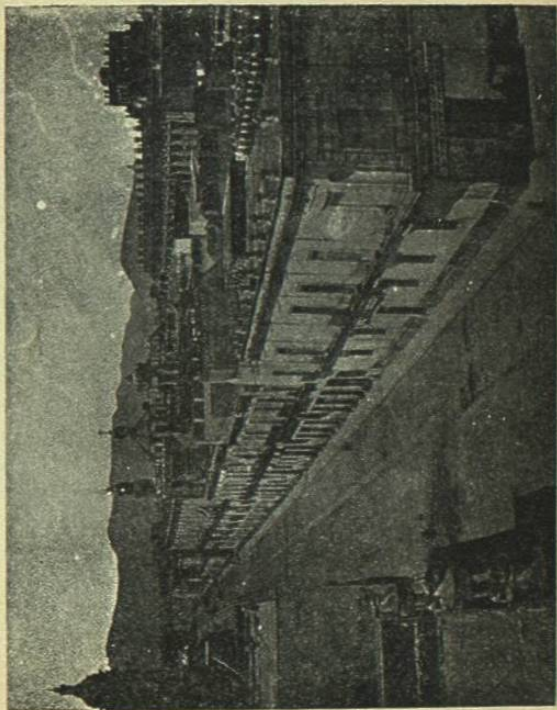
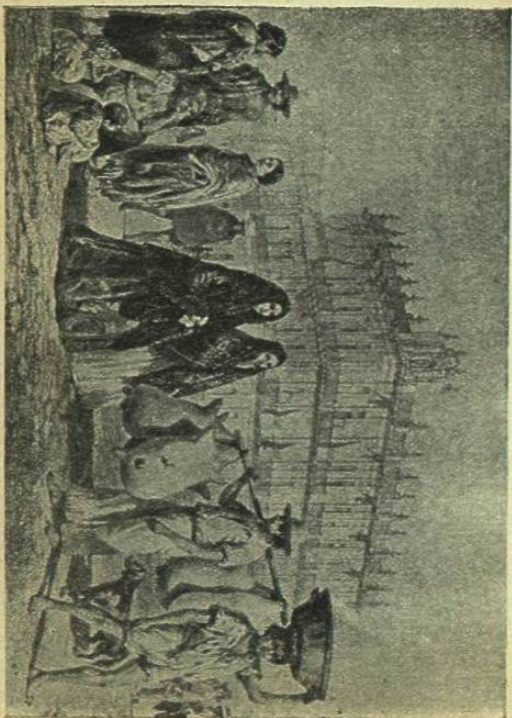


Lámina XI.—CALLE DE SANTA ISABEL Y CONVENTO DEL MISMO NOMBRE.

día consumía su cerebro y, por fin, se desahogó al revelar a Isabelita el pasado que ya conocemos.

No sabemos cual sería la impresión que experimentó la dama aludida con respecto a la susodicha revelación, lo más probable es que se desbordaron las pasiones en ambos y refinadas principalmente en la simpática Jerezana.



Lamina XII.—DOÑA LORENZA EN COMPANIA DE OTRA BEATA EN LA
ESQUINA DEL ANGEL Y CADENA (hoy Isabel
la Católica y Capuchinas).